

ODAS NECIAS

Alwar Müra

PRÓLOGO

No querría ser feliz si ello me negara la posibilidad de conocer el llanto, amar la vida es cantar a todas sus formas. No ha habido más avaricia que la celebración, es por eso por lo que esta obrita siempre será susceptible de ser ampliada. Con respecto a la métrica, no he profesado querencia por ninguna forma determinada, que la herramienta escogida sea adecuada es responsabilidad del orfebre.

A.M.A.

Agosto 2022, Madrid

ÍNDICE

I. Oda a las puertas

II. Oda al dinero

III. Oda a Pablo Neruda

IV. Oda a la borraja

V. Oda a Psámate

VI. Oda pueril. Retrato de un joven tras la humareda

VII. Oda circular

VIII. Oda al orden. Axis mundi

IX. Oda al tiempo. Como el agua en el agua

X. Oda a la rutina

XI. Oda al declive

XII. Oda triste

XIII. Oda al granado

XIV. Oda al granado. La liberación de Atis

XV. Oda al grando. El lamento de Hades

XVI. Oda al templo turístico

XVII. Oda nocturna

XVIII. Oda al perfume de mi cuerpo

XIX. Oda al fracaso. Alejandro en el Makrán

XX. Oda occidental

I. Oda a las puertas

Adónde lleva
el arco de piedra
abierto en el boque,
gira la combinación de la llave
o es la ventana
el beso en el aire.
Detrás
la escalera
 el peldaño
 el claustro
que invitan la osada huella.
Quizá en la duna
la tiró el mercader
la rompió el herrero
o al verla congelada en vidrio
se deshizo en alcohol,
o es otra puerta
con bisagras de envés
que clama por cerrarse
por ventura propia
de quien pierde
por placer.
Quién teme
los truncos quicios de la fortuna?
Nada maldice

el cruce del umbral
que guarda Pandora.

II. Oda al dinero

Eres
la tacha
del artesano
la honradez de los pobres
la injusticia de los hombres
el abuso
de menores,
eres concha, grano y ticket,
tuerca, pimienta y bit,
como un dios mundano
débil
dadivoso,
sin salmos ni credo,
tu culto es el raso,
hicieron contigo valía de esclavos,
canales
de garganta a garganta,
diste, a los muertos, años,
hallazgo a los restos,
uniste al cabrero con la hilandera
donde antes hubo sangre
por sus ideas,
y aunque odiarte

de bien te debes,
pocos cantan,
sin ti,
libertad.

Resplancedes de azul
en las lejanas montañas del Este,
en las profundidades taumatúrgicas
de una tienda de lona
se cuentan jornadas por rutas desusadas,
tintineos de abalorios,
dos almas que no se vieron,
en la sal viajera,
se conocieron la palma de la mano.
La comunión de los bárbaros
con la escritura, la brújula,
la seda,
el pan,
capricho y necesidad
de la extranjera encrucijada
que no pide o cuesta
la ligera razón de su origen:
que aunque algunos quieran y otros puedan,
lo que nadie toma se olvida y se abandona.

III. Oda a Pablo Neruda

Poeta caracola,
verso cordillera
en la sal
incontenible,
cantaste
el trigo,
el pan, los hierros
del camino,
a la vida
entera, al pueblo,
al azul día de lluvia marina,
en los peñones de cada
tierra
de planeta
al genocida,
las míseras bellezas
de noche y
de todos los días.
Fementido poeta,
no mereciste
el amor
de tus semejantes,
no
el beso faltó
del amigo y la esposa,

los surcos de aire
entre
costillas
fueron
agua
de jardines,
deja aquí
el arado que te prestaron,
ven,
poeta,
toma mi amor
solo,
deshonesto,
que no pude
o quise
con nadie.

IV. Oda a la borraja

No estás
en todas
las mesas,
selecto es el gusto
que te toma
por robusta compañera,
campechana
y más
delicada
a dichas
flores nobles
tu corsé púrpura
que no envidian,
desatienden.

De la tierra
que fuiste
de mi abuela,
de la tierra firme de odas
al vino,
grato manojo
que te hospedas
entre los metales
de las sencillas, ricas cocinas,
en camas

de mimbre,
en pastos sin secretos,
eres
de las que ríe
si nos llueve.

V. Oda a Psámate

Yulia
yuyulai en Rus,
Cayetaya martes por la Helena
de Marte, por Sur Lena en Samotracia
martes Marta
camina la gran caye.
Madonna, Victoria,
Santa Hinés,
sen semper Lena de Julio, ora
del Sur la donna
mas
ora
entra
la semana,
Tara y Lena,
Guerra y Yulia,
Madonna.
Martes de Julio por la caye victoriosa,
la Tina del Mar,
Yuna Lena Sine Díe,
Helena yena no DudA.
Ya
vi
el
Mar

Maravedí

Ya

vi

la

ría

de júcaras

ay

iv

le

res

de una isla

ageirg

entre sennii

de Maná:

Dó fue mi fortuna.

VI. Oda pueril. Retrato de un joven tras la humareda

Soy el beso de mis padres,
la pipa que se vacía
en cráneos de ceniza,
el humo de mis mayores
bendiciendo la fortuna
de mi frente, mi cabello
ungido por los luceros,
coronado con sus dones.
Los estribos heredados,
riendas de cabra cósmica
voy cabalgando, bisoja
cornamenta de los astros:
el vino y el vicio desbarran
asta siniestra, la copa,
en la diestra cornucopia,
fina corneta del asco.

Qué favores se me hicieron
sin el peso del metal
sobre la romana faz
de la culpa, incandescente
cruz invertida del yerro,
no quise la injusta carga
del desafecto, la llama

terrenal y deferente.

Por las parras del aljibe
cuelga de mi casa blanca
la desgracia de mi marca,
y se ve desde mi vano
aquella sombra de alféizar
cayendo sobre el mar. Férrea
es la ley contra el cansancio
del príncipe en su palacio,
de guirnaldas por balcones,
placeres agotadores
que vuelven con la entereza
de saberse equivocados.
Por el cuello corre el rocío
de un deseado destino
de otro gusto, otra miseria.

VII. Oda circular

Todo se apoya sobre un mismo punto
con centro en toda y en ninguna parte,
en las ahuecadas manos de Sísifo,
en la atragantada escama del griego
y en la mácula del martillo oscuro.

Hay quien vio en la moneda la refleja
máscara de la sola cara esférica
que cae en la resaca de la suerte
o por el endiablado tragaluz
del agónico árbol infinito.

Todavía bailamos en la hoguera
los desechos vacíos del incrédulo
platillo de hueso, seso y el augurio
de que todo se repite, ilusiones
de movimiento, la vuelta conclusa
que resurge, idéntica, la vida.

El anillo no reverbera el sol
ni el dedo unge de escaleras espirales
la forzosa decisión del pretor.

Laberinto, reverso del pasillo,
por mucho que se abreen en tus fuentes
los inconscientes rebaños del vaho,
el agua no retorna a la memoria.

VIII. Oda al orden. Axis mundi

En lo alto de la torre se desborda un jardín
que mira tuberoso cúpula de hilo y fin,
de su centro la cuerda por el pozo
desciende con la gracia
descolgándose
del misterio.
cae el agua
espiral
a este aljibe
de vivaz tierra inhumada,
se ve el rostro
azul, seco,
de la niebla
del desierto.
La escalera
es un vértice plano,
un báculo, la leche del perenne
albatros. Del profundo surco oscuro se riegan
desfallecidas yemas en la nada suspensa.

IX. Oda al tiempo. Como el agua en el agua

Somos el agua del viento,
el devenir de las olas,
el escindido recuerdo
del río de la memoria.
los cántaros desmayados
por la piedra se derraman
persistentes y ahogados
en la fonda del mañana.

Somos la noche en el vaho,
teas en nieblas de aurora,
una jofaina de barro
en la que limpiar la copa,
la libación de un seno
en la clepsidra de arena,
de espaldas fuma en el cerro
la mujer que nos espera.

No somos ni crin del río,
no hay humo que el cuerpo lave,
Proteo desvanecido
del incienso en el aire.
Aunque ya sea la calma
aun queda sobre mi frente
la disipada fragancia
del sándalo y del aceite.

X. Oda a la rutina

No sé si me gustan las cosas que me gustan
o es la costumbre de no abandonarlas nunca,
será el tedio inexplicable
de la sensación primera que no se recuerda.

Hacer lo mismo es hacer algo distinto,
que la diosa dé mil vueltas y sea siempre nueva.
No es diferente
la noche del preso y del orante,
no es diferente a la del ambulante paso del navegante.
Muchas veces hubieron las olas,
de lejos, oírlo.

Y aunque no cambie la sorda
cadencia de la fontana,
no son los mismos
que en ella al fresco se abrevan.

XI. Oda al declive

Mi corazón seco está de canciones,
desde la barca cada vez la lumbre
es más tenue, ya no se oye la fuente,
muda queda en las temerosas noches.

Solo a mí me siento cierto, la brisa,
la cándida sonrisa, difuminan
la misteriosa gracia de las cosas,
el declive preciso de las rosas.

Si solo soy esto, qué hay pues que decir,
si no deambulo entre los hombres,
si no conozco las queridas simas
de la podredumbre, si soy solo esto,

aire desconocido de las cumbres,
la postración de un silencio intranquilo.
Vacío que no estás fuera del mundo,
qué tengo que contar si no soy nada.

XII. Oda triste

Antes del alba corro las cortinas
al día que vendrá, la fe nocturna
me anima a esperanzas vespertinas
ausentes del temor de la desnuda
arena de la duda. No se duerme
la noche y ya despierta en la hechura
la luz de un sufrimiento incompetente.
Ah, claridad, crepitan los narcóticos
en la espesura grácil de mi frente,
entorno la cancela de mi rostro
y me visto de ayeres
en un trance que ignoro.
Hoy qué es sino relente
de noches anteriores,
lecho de ruinas, fiebre
de camino de roces
al filo de un barranco imaginario
donde se precipitan los terrores.
Transir no es el ocaso
oculto en la amurada
de ese barco lejano
ni vuelve el oleaje a las muchachas
el cabello de espuma.
Antes del nado en mar maniatada
hay quien una campana escucha,

quien busca arrullo de la madre Sacra,
el disimulo bajo el temblor de la luna.
La luz del sol no es para los felices,
que todo lo hermoso es
todo lo bello es demasiado triste.

XIII. Oda al granado

Retorcido regazo de ceniza
a la sombra del muro desdentado,
la sangre deambula por el brazo,
descansas en la tierra herida.

En la escindida víspera
en que elegiste espada y no el terrible llanto
yo contigo comparto
la flor de la trompeta.

Campanas de la estrella que se marcha,
en las manos transparencias cobijo
del dolor consumido por las llamas.

Se unen mil pechos en un pecho solo,
toma todas las sonrisas intactas
que expiren con gigantes del otoño.

XIV. Oda al granado. La liberación de Atis

Envuelto en un vestido blanco
se derrama la encarnada aversión
que disfrutara el árbol seductor
entre los alaridos del peñasco.

Tu belleza abandonada en los campos,
los nocturnos cabellos... ¡Oh Señor!
te veo y lloro sobre mi vara de pastor,
consuélame sobre tu pecho amado,
descansa tu rostro en mi seno de cereales.

Caerán bajo el pino serenos granos púrpuras
con dignidad lunática de perfecto,
no habrá nadie que coma de tu carne,
morirá el bello cuerpo
mas no tu ceniza de alma desnuda.

XV. Oda al grando. El lamento de Hades

A M.

Toma para el camino
la pavesa de este granado
aunque no quieras volver a mis brazos
de sangre y deceso.

Agonía del universo
si no estás con los narcisos del llano,
a la sombra de mi árbol más amado
te veo solitaria por el huerto.

Oigo tu llanto por las noches,
sé que besas la mies de tu madre
y el lucero que nace en mi perfume
de las flores que en secreto sonríes.

Sé que a mí volverás aunque a mí no me ames,
procelosa ternura de tus incandescentes manos de
abnegaciones.

XVI. Oda al templo turístico

Quién recoge su ser
en bancos de bullicio.
Resuenan luces de tacón
en el aroma ajeno
del vaho de las flores.
Con suerte seas el té de esta biblioteca
si ya no eres el vino.

XVII. Oda nocturna

El fulgor de las estrellas, las olas
tejedoras de las dunas, los astros
y sus colas que alucinan la aurora
fueron lona inflamada por el báculo
que sostiene la yurta de la memoria.

En el silencio del astroso tránsito,
Entre inconsciencia y plena lumbre nova,
la hechura se abre profana en los campos
desnuda de la niebla perfumada
que exhalan las orillas venideras.

Respiraste, arena disoluta,
hebras de fe nocturna – la marea
no agita mi melena descansada.
Me disuelvo, occiso, bajo la espuma.

XVIII. Oda al perfume de mi cuerpo

Sosegada demencia de los ramos
frescos y recién cortados, el polvo
favorece el rocío vespertino.
Los granados me han llenado por dentro
con otoñales festines de pájaros,
entre mis costillas suspende el aire
el fruto hueco del que crecen los árboles.
¿En qué sueño a pedazos destrozado
fueron las flores de mi cuerpo, fueron
los incipientes pétalos salvajes
de mi pecho, la ascendente humareda,
las brasas dormidas del incensario?
Cuando ya no piense en la exhalación
pausada de las hojas, y el quinqué,
contra la oscuridad que lo circunde,
practique la incisión en mi cabeza
abierta en un canal de perfumes,
se preguntará a los lirios azules
de mi boca, a mi desnudez clavada
al musgo que recubre nuestra carne,
qué hay del vacío que queda inerme.

XIX. Oda al fracaso. Alejandro en el Makrán

Por provisiones ya no quedan
ni la carnes de nuestros caballos,
ahora envidiamos al aborigen salvaje de la costa,
sin vestido ni lenguaje, pescando ballenas putrefactas.

El salitre y la oquedad del desierto
huelen igual, saben igual.

Nuestros barcos no llegan.

Nos sigue la argéntea estela del tesoro,
hay estatuillas extranjeras señalando al sol.

Deliro enfermo y herido en la camilla
y veo al atardecer las colinas de mi patria,
en sueños Ciro y Semiramis me torturan,
se ríen de mí.

El cortijo de amantes y bestias muere,
mis hombres no me culpan pero ya no me ven
como un dios. Mis hombres,
oh mis hombres! ya son sombras.

Tanto quise Macedonia que nunca más
la volvería a ver. Será que tú, Patroclo,
tanto así me amaste?

A veces te pienso y maldigo mi grandeza,
nunca me tembló el pulso
con tu voz serena.

No he conquistado el mundo,
cada grano de arena me lo recuerda.
Creo oír una lanza que rueda por las rocas,
no me atrevo a volver la mirada
y comprobar que ya nadie me sigue.
Difunde el viento mi nombre?
Cantarán mis hijos que los hombres, los dioses y los mundos,
que la sumisión que impuse al destino
me mandó a un desierto para derrotarme?

XX. Oda occidental

¡Que haya un hueco donde tenderme y ver las estrellas!
En los bordes de la lejanía
yergue el pasado las casas, los barcos,
las iglesias, que solo el daguerrotipo recuerda,
que apenas frecuenta la gente de la tierra.
Al muro alto, inmenso, aprieto mi frente
inamovible: hay quien reza a las cenizas de un papel alado.
No duermo sobre las ruinas en las que yago,
dos veces cayeron cascotes de los frescos sobre mi rostro,
dos veces
anhelé
estar presente.

Por las veredas desvíó mis pasos si encuentro
abandonos que eviten la intemperie
con otra destemplanza de aire libre,
pálpito roto, quiebro del rosetón de luz,
sueño que todavía creo, deshilachado,
en ayunas, acomodo mi almohada de runa vanidosa y
descifrada.

No duermo donde quisiera dormir,
buscan los zorros sus presas en la oscuridad de la chimenea,
los oigo desde el desván,
aquí, sí, aquí, vivieron quien no conozco

ni vivió y recuerdo con respeto
y nostalgia del cariño que les tuve.

Solo sueño donde querría, místicamente, descansar.
Y la efigie de un hombre, la estatua partida
del can, se desvelan,
imprescindibles imaginaciones
me dejan en un portal infranqueable
de breñal
y zarzamoras.

No amo la destrucción de los casares ni me alegran
los ladrillos huecos de las antiguas murallas,
entre el mosaico inacabado
la imagen sugerida es más real,
incompletos son todos los actos bellos.

¡St. Etienne! ¡St. Etienne!
Ya no lijan diamantes
los pueblos habitados por la arena,
el mismo fantasma de Craco se calienta en la hoguera
de la cruz de Ani,
en su regazo se tienden los muros del Punjab,
¡ya seas selva o ahogamiento, jungla, floresta o asfixia!
En tu regazo siempre hallan sosiego
las estatuas que no entierran la espada, las ventas desiertas,
el oriental rostro de piedra en la montaña esculpida,
la vela en su cirio iluminada.

¿Cómo lucirá la caída
de la moderna Bagdad occidental?
El graffiti en la calavera de mi padre
no será el de las catacumbas parisinas.

La trasnochada llanura me siente el único hombre
sobre la faz del Universo.

Soy ¡Soy! El anacoreta,
el millonario
que se decanta, un devoto,
el cobarde viajero que huye feliz, desolado,
consigo, espíritu.

Soy el Todo que se desmembra y pierde el nombre.

Soy aquel árbol creciendo con las tejas clavadas
en las raíces, ¿he de sentir otra cosa
que el color de las desfallecidas yemas otoñales?

No son menos las hojas
que al infinito catálogo de objetos insensibles
surcando entre júbilos las costillas del vacío.

Ruinas, en las cuencas de los ojos de vuestros arcos
intento el sueño. Mi simpatía está con los vivos,
mis emociones con los fracasos de los muertos,
con las magníficas sensaciones de las palmas del artesano.

He traspasado el mundo a través de una herradura
solitaria, piso lo que otrora fuera una cúpula.

Transido está el pretérito
del desinterés, de la necesidad den trunco

deseo de permanecer.

No se conmueve la vida en la niebla del desastre inexistente,
no hay golpes tan duros ni vientos tan voraces
que turbe a la úvula en su vuelo inmóvil.
Desnuda exuberancia de las bestias,
he visto a Isis caminar descalza por los jardines de Prípyat.

¡Hermosos! ¡Qué hermosos y enteros son los imposibles
trances inconclusos!

Las columnas de estas termas
expían las glorias de la insatisfecha torre del orden,
su cansancio perfecciones nos ha enjugado el cabello del Tajo,
el cuerpo crepuscular de casi todos los misterios
escritos entre Londres y Salamanca.
Bajo el subsuelo de las ciudades
todavía no se acalla
el alma cautiva
en el laberinto de Ariadna.

El tejado donde crecía el árbol se ha derrumbado.
Soy la metrópolis que será desenterrada recién nacida,
las rizadas barbas de los emperadores
en sus carros por leones entallados en bajorrelieves
no fueron,
la magia madre de la ciencia,
permutaciones digitales no
fueron, escribas

atados a la rueda,
la aborrecida hambre de la circunstancia,
la honda en el flexo espacial
no
fueron
desemejantes.

Qué panteón de carreteras,
qué emoción negamos haber tomado
que ya no me hace estar en un seré
calzadas borrando.
Sobre la pasarela planetaria de Uruk
fútiles discursos
de un Crisóstomo que viviera
o de un César,
sin Ella,
no nos llegan.
la emanación más simple hundirá el estudio
de la imprecación psíquica
de un Cristo-Bismarck,
¿qué han de decirse los que no se entienden?
Estarei en la limitada memoria de los dioses,
la arena y el mar y la oscura negrura
– de una –
vida indómita.

El ruido de las masas de chirogoteros, tambores,
las botellas rotas contra las aceras, los motores

y las pantallas luminiscentes
no me dejan dormir en las alturas
de rascacielos horizontes, ciudad-bancal
por los estratos de la aurora.
Atronador chillido de las ruinas que he sido,
en el cemento de los muelles he atracado barcos hundidos,
desiertos, valles, las gargantas que guardan los silbidos
del carruaje, el pillaje de bandidos,
el traqueteo rutinario de los mercados de especias.
Qué ruido infernal llena las estepas aisladas
y las interminables vías férreas,
ruinas que he sido,
la historia está henchida de joyas subterráneas
que no brillan entre ecos.

¡Gloria! Ruido del zoológico humano,
silencio de la tablilla fragmentada,
¡dejadme dormir!
en una hamaca suspendida como un incensario
en el arco del triunfo de Cartago
o en divanes aéreos
de una polis que el mundo todavía no ha construido,
aunque no pueda dormirme,
dejadme,
mis ojos se cierran con bandadas de palomas
en el horizonte gravitado,
¡Oh sueño! ¡Entre ruinas tiendo mi testa!
Que haya al menos un hueco en el techo

por el que brillen las distantes estrellas.